

## **YEMEN 23/10/2012. ¡Abran juego, señores!**

Escrito por Jordi Comins y editado por Pilar Comín

«Os lo digo a todos, desde la Escuela de Guerra: dejad a Yemen en paz, ya es suficiente». Literalmente. Así de rotundas sonaban las [palabras](#) del presidente, Abd Rabbuh Mansur Hadi, durante el acto de clausura del curso académico castrense el pasado 18 de julio en Saná. Un mensaje claro y sin paños calientes dirigido a las autoridades iraníes para que dejen de interferir en los asuntos internos de Yemen; una demanda tan contundente como desoída por sus destinatarios si finalmente se confirman las recientes informaciones según las cuales **Teherán** mantiene una **red de espionaje en territorio yemení**.

El ministro de Información de Yemen, Ali Ahmed al-Amrani, dijo el pasado lunes 15 de octubre que Irán persigue arruinar a su país y boicotear los progresos de la iniciativa del Consejo de Cooperación del Golfo. Según informan diferentes medios locales, las autoridades yemeníes han destapado **seis presuntas células** de espionaje iraní que desarrollaban sus actividades en Saná y en el puerto de Adén. Estos grupos, integrados por ciudadanos de Irán, Siria y Yemen, actuaban bajo la **cobertura de empresarios e inversores** que importaban materiales para supuestos usos civiles. Al parecer, uno de los contenedores inspeccionados transportaba equipamiento para usos militares y estaba destinado a **apoyar la rebelión armada en el norte y el movimiento secesionista del sur**.

En cualquier caso, **no es la primera vez que el suelo yemení se convierte en un casino en el que las potencias extranjeras —árabes y no árabes— juegan sus fichas con el propósito de incrementar su influencia regional**. Así ocurrió, por ejemplo, en la guerra que enfrentó a revolucionarios y realistas<sup>[1]</sup>, a partir de 1962 en Yemen del Norte; un golpe de Estado y un escenario que pronto se transformaron en una batalla encubierta entre los ideales del socialismo panarabista de Nasser y los valores del conservadurismo religioso de Arabia Saudí. Durante la década de los setenta, la estabilidad del sur de la península Arábiga se vio comprometida por las lógicas del enfrentamiento este-oeste. La conservadora República de Yemen del Norte —a la sazón respaldada por sus vecinos saudíes y por el bloque occidental— percibió como una amenaza el viraje al socialismo de una recién nacida República Democrática Popular de Yemen, que contaba con el apoyo soviético.

**La partida se juega ahora en la misma mesa y con las mismas fichas, aunque cuenta con la presencia de nuevos jugadores**. Es el caso de Irán. Se sospecha que, desde 2004, el régimen de los ayatolás ha estado auxiliando a los huzíes en la guerra que

estos libran contra las autoridades de Saná y contra la creciente influencia de los elementos salafistas en las provincias del norte. Aunque, por el momento, no ha salido a la luz ninguna prueba que permita ir más allá de las meras conjeturas. Con todo, el temblor político provocado por la llamada primavera árabe supone una ventana de oportunidades para Irán. Este país se ve a sí mismo como un referente contestatario con proyección internacional, lo que le ha permitido recontextualizar parte de la narrativa de la revolución islámica de 1979. Además, su capacidad de influencia en la península Arábiga es directamente proporcional a la [represión](#) que el Gobierno saudí ejerce sobre la población chií de la zona oriental de su país y a la contención de los bahreiníes.

De certificarse su existencia, las operaciones de influencia iraní en Yemen podrían catalogarse como **maniobras de distracción** encargadas de crear una gotera en el patio trasero de Arabia Saudí; un señuelo **mientras se consolida el denominado arco chií** que va desde Irán a Líbano, pasando por Siria, Iraq y Gaza. De momento, atribuir a estas acciones una mayor profundidad estratégica —por ejemplo, llegar a ejercer cierto control sobre el estrecho de Bab al-Mandab— carece de sentido. Cualquier iniciativa en esta dirección supondría franquear una línea roja que las potencias occidentales no parecen dispuestas a aceptar. Sobre todo, porque de no ser así, Irán estaría en condiciones de extender su influencia —además de la que ya tiene sobre el estrecho de Ormuz— sobre otro de los principales cuellos de botella de la navegación marítima internacional.

Al mismo tiempo, la política interna yemení avanza por la senda de la incertidumbre ante las posibilidades de fracaso del diálogo nacional, que comenzará el próximo 15 de noviembre. La presencia de los huzíes parece asegurada. En cambio, la participación de los líderes sureños sigue siendo, hoy en día, un sueño imposible. Hay que recordar que ambos movimientos de oposición —además de al-Qaeda— figuran entre los potenciales beneficiarios de un vacío de poder en Yemen. En consecuencia, **el riesgo de secesión por las armas podría transformarse en una amenaza creciente para la estabilidad del país si, como asegura su Gobierno, la mano de Irán refuerza las capacidades de unos actores completamente motivados.**

[1] Realistas y revolucionarios eran, respectivamente, los partidarios y detractores del heredero del imán Ahmad, Mohammad al-Bader, en Yemen del Norte.

## **YEMEN 23/10/2012. Make your move, gentlemen!**

Written by: Jordi Comins

*Translated by: Jon Sebastian Rodríguez*

"I'm telling all of you from War School: leave Yemen alone, it's enough". Literally those were the drastic words of the president, Abd Rabbuh Mansur Hadi, during the course ending ceremony on the 18th of July in Sanaa. It was a clear message to the Iranian authorities in which he warned them not to interfere in Yemen's domestic issues. This heavy message will probably be unattended by its addressees if the recent talks about **an Iranian spying network in Yemeni territory** are confirmed to be true.

Yemen's Minister of Information, Ali Ahmed al-Amrani, said on 15th October that Iran is trying to ruin the country and boycott all the advances carried out by the Gulf Cooperation Council. According to different local media the Yemeni authorities have uncovered **six alleged Iranian spying cells** that worked in Sanaa and in the port city of Aden. These groups, formed by Iranian, Syrian and Yemenite men, worked under the **protection of businessmen and investors**, who imported different material for supposedly civilian use. Apparently, one of the containers inspected carried equipment for military purposes intended **to support the Shiite rebels in the North and the secessionist movement of the South**.

In any case, **it is not the first time that the land of Yemen has become a casino in which foreign powers— Arab and non Arab – play their cards in order to increase their regional influence**. This happened, for example, in the war between Revolutionaries and Royalists, from 1962 in Northern Yemen; a coup and a hidden battle between Nasser's Pan-Arab Socialism and the religious and conservative values of Saudi Arabia. During the seventies, stability in the South of the Arabian Peninsula was interrupted by the logics of the clash between East and West. The conservative Northern Yemen Republic –which was supported by their Saudi neighbors and by the West – saw the Socialist ideas of the newly born People's Democratic Republic of Yemen – which supported by the Soviet Union– as a threat.

The game is now being played on the same table and with the same cards, though with the presence of **new players**. This is **Iran's** case. It is suspected that, since 2004, the Ayatollahs' regime has been aiding the Shiite rebels in their war against Sanaa's authorities and the growing influence of the Salafies in the Northern provinces. Though for the moment there has been no proof besides speculation. All in all, the political landslide provoked by the so-called Arab Spring opens a new range of opportunities for Iran. This country sees itself as an anti-Imperialist reference with international projection, and this has allowed it to re-contextualize an important part of its narrative related to 1979's

Islamic Revolution. Also, their capacity to influence the Arabian Peninsula is directly proportional to the Saudi Government's oppression against the Shiite population in the country's Eastern coast and its support to the Bahraini monarchy.

If their existence is proved, the Iranian operations in Yemen could be catalogued as **distraction maneuvers** in order to create a leak into Saudi Arabia's back yard; a lure while **the so-called Shiite arch is consolidated**, an arch which goes from Iran to Lebanon passing through Syria, Iraq and Gaza. Up to date, to confer to these actions a larger strategic depth – like for example to have a certain control over the Bab el-Mandeb strait – makes no sense. Any initiative in this direction would mean to cross the red line that Western powers do not seem to be ready to accept. Especially because, if it is not this way, Iran would be ready to expand its influence – apart from the one it already has over the Strait of Hormuz – onto another of the main international navigation passes.

At the same time, Yemen's home policy is going towards uncertainty because of the possibility of failure of the national dialogue, which will start on November 15th. The Shiites' presence seems to be assured, though, on the other hand, the participation of the Southern leaders still is, today, an impossible dream. It must be remembered that both opposition movements – besides al-Qaeda – are the main beneficiaries of a stateless Yemen. Consequently, **the risk of a secession via arms could turn into a growing menace for the stability of the country itself if, as the Government states, Iran's hands give force to the hands of some of the existing actors.**